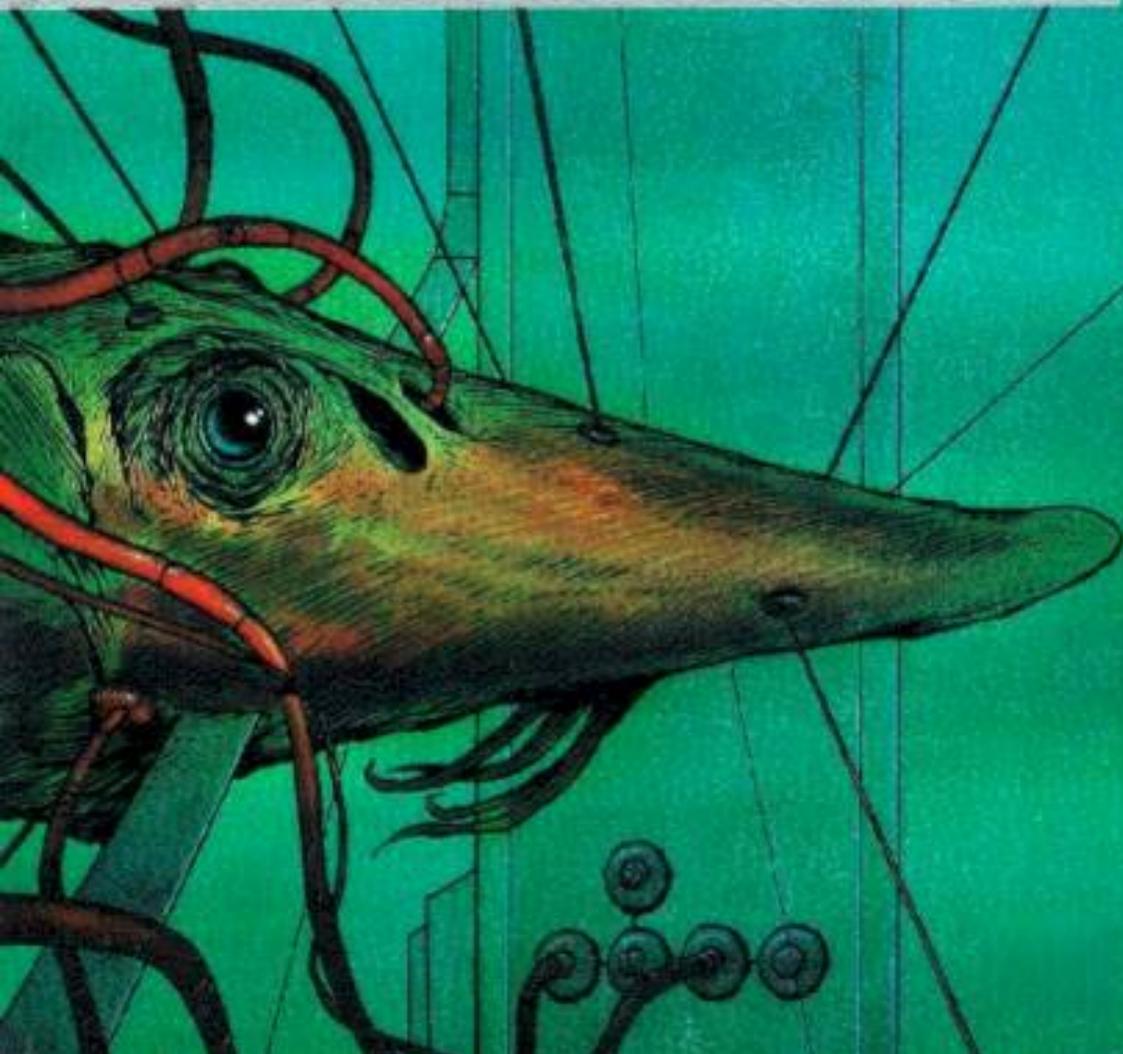


Theodore Sturgeon

# CAVIAR

Lo mejor y más osado de un clásico de la ciencia ficción universal.



La originalidad de este libro empieza ya en su propio título. El caviar (el auténtico al menos) es, como sabe todo el mundo, la freza del esturión (sturgeon). ¿Qué mejor título, pues, para recopilar algunos de los más escogidos relatos del autor? Hay relatos de temas diversos y desarrollos apasionantes. Temas como las múltiples formas del amor, su ausencia, la soledad, el odio y la paranoia se desarrollan en mundos fantásticos y futuros pasibles.

## LA CLARIDAD POR UNA RENDIJA

Jamás, antes de entonces, había llevado a una muchacha en brazos. No es que estuviera aterrado; antes sí lo habría estado, cuando la llevó dentro y, tras de cerrar la puerta de golpe empujándola con un pie, oyó el constante gotear de sangre de su falda enlodada y, también antes, cuando creyó que estaba muerta junto a la acera e igualmente, mucho antes, cuando ella produjo aquel sonido, aquella especie de ronquido sibilante. La recogió, la metió en su casa y, cuando vio tanta sangre, miró de un lado para otro sin saber qué hacer y, por fin, la dejó en el suelo. Parecía como si se estuviera batiendo la masa cerebral para hacer un revoltillo y en sus sienes, que latían subiendo y bajando, aparecían y desaparecían unos pequeños bultitos.

Sólo era capaz de pensar:

«No deben quedar señales en la colcha».

Encendió la luz y, por un instante, esperó pestañeando y jadeante; apresuradamente se dirigió hacia la ventana para bajar la persiana y protegerse así de los curiosos de la calle.

Se contempló las manos al buscar la persiana y se detuvo: estaban rojas y mancharían cuanto tocaran. Exhaló un quejido, y la parte lúcida de su cerebro lo confundió con el mismo silbido agonizante que ella había lanzado cuando estaba todavía caída en la oscura y húmeda calleja. Saltó al conmutador de la luz y comprobó que ya había en él un tiznón rojo, dándose cuenta de que, al pasar la mano por encima, dejaba nuevas señales. Corrió hacia el fregadero que había en un rincón y se lavó las manos: las lavó de nuevo, mirando por encima del hombro hacia el cuerpo de la mu-

chacha, del que iba saliendo un hilillo de sangre que avanzaba hacia él sobre el linóleo.

Ya había recobrado su respiración normal y volvió con mayor tiento hacia la ventana. Bajó la persiana, corrió las cortinas y, por debajo de ellas y por los lados, procuró que no quedara la menor rendija. Tanteó, a ciegas por la oscuridad, su camino de vuelta a la pared opuesta, llegando hasta donde se terminaba el linóleo y volvió a encender la luz. El dedo de sangre se había convertido ahora en un tentáculo que palpaba el esponjoso entarimado, ávido de chupar manchas. De la mesa esmaltada que había al lado del hornillo sacó una esponja de plástico y la colocó al extremo del tentáculo. Quedó satisfecho: aquello ya no era como un dedo extendido que podía alcanzarle: era algo que se había desparramado y podía ser recogido.

Retiró la colcha y la colgó en la cabecera de latón de la cama. Del cajón de la alacena que había en la parte inferior de la mesa tomó dos manteles de plástico. Cubrió con ellos la cama, haciendo que cabalgaran bien, uno encima del otro. Quedó un momento vacilante y preocupado, estirándose el labio inferior con los dedos índice y pulgar.

«Tiene que quedar requetebién», se decía con firmeza, «aunque se muera antes de que termines, no importa: todo hay que hacerlo requetebién».

Respiró con fuerza y tomó unos libros de la repisa de la alacena: un Almanaque Mundial de seis años antes, media docena de novelas en rústica y un grueso catálogo de joyería. Empujó la cama desde la cabecera, separándola de la pared, y colocó los libros, uno a uno, bajo dos de las patas, de modo que la cama se inclinara hacia abajo y también, ligeramente, hacia un costado. Cogió una manta, la dobló, y la colocó debajo del plástico, de manera que hiciera como una valla del lado que subía. De debajo del fregadero sacó un bote de aluminio y lo dejó en el suelo, en el lado más inclinado de la cama e introdujo en él la punta inferior del plástico.

«Ahora, sangra cuanto quieras», le dijo quedamente y satisfecho a la chica.

Se inclinó sobre ella, gruñendo, y la levantó por los sobacos. La cabeza cayó hacia atrás, casi como si no tuviera huesos en el cuello, y él la dejó caer. La arrastró hacia la cama, dejando una amplia faja colorada, porque su falda se había restregado por el charco escarlata que se había formado donde estuviera tendida. La levantó del suelo por completo, apoyó sus pies con firmeza y se dirigió hacia la cama con ella en brazos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograrlo. Entonces se dio cuenta de lo cansado, gastado y viejo que estaba. La colocó allí desmañadamente, casi tirándola en un esfuerzo para evitar que los manteles se arrugaran y perdieran su perfecta disposición. Casi se cayó sobre ella encima de la cama. Recobró el equilibrio apoyándose en sus brazos, que parecían de goma, y permaneció un momento de pie, respirando afanosamente.

Siguiendo el dobladillo empapado de la falda, la sangre empezó a gotear y, tal como él había previsto, encontró fácil camino hacia el ángulo inferior.

«Hay demasiada sangre en una persona», pensó. «Hay que atajarla; pero ¿cómo detener la hemorragia si no se para?».

Echó una rápida ojeada a la puerta cerrada, a la ventana oscura y al reloj. Escuchó. Llovía con fuerza y el agua golpeaba y repiqueteaba en aquella hora negra. Aparte de esto, no se oía nada: la casa estaba dormida, y la calle muerta. Estaba solo con su problema.

Tiró de su labio inferior y retiró la mano al notar que sabía a sangre. Tosió y se fue hacia el fregadero: escupió, se lavó la boca y luego las manos.

«Está bien: ahora voy a llamar...».

¿Llamar? ¿Llamar a quién? ¿Al Hospital, que avisarán a la policía?

«Ya lo mismo da que llame a la policía. ¡Imbécil! ¿Qué podría decirles? ¿Es mi hermana, la ha atropellado un co-

che? ¿Van a creerme? Digo la verdad: unas manzanas más allá veo que alguien la tira fuera de un coche y huye con las luces apagadas. Yo la recojo bajo la lluvia y, en casa, encuentro que se desangra. ¿Me van a creer? Imbécil. ¿Por qué eres tan tonto? Cuídate de tus asuntos. ¿Por qué no lo haces?».

También pensó que podría sacarla y devolverla a la lluvia:

«¡Sí! ¿Y si alguien te ve, imbécil?».

Vio que la ancha y alistada mancha de sangre del linóleo perdía brillo en los trozos más delgados, secándose y empapándose. Levantó la esponja, roja en sus dos terceras partes, y de su color azulina natural en uno de sus extremos, que había adquirido la forma de un mendrugo de pan, como si hubiese sido dibujado con un fino lápiz encarnado. Le dio la vuelta, de modo que no goteara mientras la llevaba al fregadero para lavarla, exprimiéndola una y otra vez en el chorro de agua.

«Imbécil, llama a alguien y consigue ayuda».

¿Llamar a quién?

Pensó en el almacén, donde durante dieciocho años estuvo sacándole brillo al entarimado y limpiando las alfombras por la noche. Pensó en el vecindario, en el que conocía al de la tienda de ultramarinos y al carnicero. Todo estaría cerrado, todo el mundo dormía, ya todos se habían ido; no quedaban más que nombres y números a los que él no conocía, y, de todos modos, ¿en quién podía tener confianza?

«Dios mío —pensó—, en cincuenta y tres años no has conseguido un solo amigo».

Cogió la esponja húmeda, y, arrodillándose sobre el linóleo, vio que la cinta serpenteante de sangre procedente de la cama, había llegado hasta el extremo, convirtiéndose en un afilado reguero; se vertía dentro del bote haciendo piti-piti-piti con impulso y luego, drip-drip-drip-drip, tres veces por segundo, sin detenerse.

Entonces tuvo la certeza absoluta, aunque tardía, de que la mujer se estaba desangrando y que la hemorragia no se pararía por sí sola.

Con un leve sollozo en la garganta, se levantó y se dirigió hacia la cama.

—No te mueras —dijo en voz alta, y el propio sonido de su voz le asustó. Apoyó su mano en el pecho de la chica; pero la retiró al darse cuenta de que la blusa estaba desgarrada y que también por allí manaba la sangre.

Tragó saliva y empezó a manosear con los vestidos. Llevaba unas zapatillas como de baile, muy gastadas. Estaban empapadas y frías. Llevaba, además, unas cositas de seda que él nunca había visto, igual que el pie de una media. Más sangre: pero, no; era esmalte medio saltado que manchaba los dedos de sus pies blancos y helados. La falda tenía un botón a un lado y una cremallera, con la cual luchó durante un momento; pero logró bajarla y le quitó la falda gracias a una serie ininterrumpida de tirones que daba asiéndola por el dobladillo y moviéndola de un lado para otro, mientras ella giraba suavemente impulsada por sus movimientos. Llevaba un pantaloncito de seda, completamente empapado y tan desgarrado por la parte izquierda, que pudo acabar de romperlo fácilmente con los dedos; por el otro lado se mantenía fuertemente y tuvo que coger unas tijeras para cortarlo. La blusa, abrochada por delante, no ofrecía ninguna dificultad; debajo de ella estaba el sostén, que había sido partido en dos pedazos por el centro. Lo levantó para quitárselo; pero, para lograrlo, tuvo que cortar una de las cintas.

Llevó la esponja hasta el lavadero; la lavó y escurrió, llenó una cacerola con agua caliente y se volvió. Lavó aquel cuerpo con la esponja; parecía firme, pero demasiado delgado, con el sombreado escalonado de las costillas a cada lado y la aguda protuberancia de los huesos de la cadera. Bajo el pecho izquierdo había un gran corte que se iniciaba en la costilla y se prolongaba hasta llegar casi a la punta del

pecho. El otro corte estaba en la ingle, y echaba sangre constantemente a gotas regulares, una después de otra, incesantemente, pero sin fuerza. Había visto algo parecido antes, cuando Garber se aprisionó un brazo en el cuarto de cables del ascensor; pero en aquella ocasión la sangre salía a borbotones y saltaba a un palmo de distancia.

«Quizás esta sangre haya saltado así también y ahora está yendo más despacio y pronto va a detenerse, claro; y tú, idiota, tienes un cadáver, y ya podrás ir con historias a la policía».

Sacó la esponja del agua y limpió la herida. Antes de que se llenara de nuevo, abrió los labios del corte y miró dentro. Pudo ver claramente la arteria femoral: se parecía a un trozo de spaguetti y estaba casi completamente cortada en redondo; luego no vio más que sangre de nuevo.

Se agachó, apoyándose firmemente en sus tacones y tirándose rabiosamente de los labios con la mano ensangrentada e intentando pensar:

«Pellizcar, cerrar. Algo para apretar: ¡pinzas!».

Fue hacia su caja de herramientas y, para abrirla, la despanzurró. Años atrás había aprendido a hacer cadenitas con alambre de plata y tenía la costumbre de matar el tiempo haciendo anillas, una tras otra, soldando una contra otra por medio de una lámpara de alcohol y un alfiler de punta de acero. Pescó las pinzas grandes y las dejó caer, prefiriendo la pequeña pinza con muelle que empleaba para sujetar la cadena mientras trabajaba en ella. Fue hacia el fregadero para limpiar la pinza, y volvió a la cama de nuevo. Pasó otra vez la esponja para limpiar el pequeño charco de sangre y, rápidamente, se inclinó para coger con los finos dientes de los alicates la arteria cerca de su corte. Inmediatamente salió un nuevo chorro de sangre. Volvió a pasar la esponja y, como en un relámpago de inspiración, soltó las pinzas, las trasladó al otro lado del corte y pinzó de nuevo.

Manaba todavía sangre del interior de la herida; pero aquel terrible chorro como un latido, había desaparecido.

Se apoyó agachado sobre sus tacones y soltó un suspiro, que había mantenido en espera por lo menos durante dos minutos. Los ojos le dolían por el esfuerzo, y su cerebro seguía dando vueltas; pero al mismo tiempo germinó en él un sentimiento, un sentimiento nuevo que era casi como un dolor o una pena, que estaba dentro de él en algún sitio y en ninguna parte. Sintió el impulso de reír y, sin embargo, de sus ojos salieron lágrimas como sal caliente, que le escocían como si las aberturas por donde manaban fuesen demasiado pequeñas para ello.

Pasado un momento se recuperó, sacudiendo su agotamiento y se creció abrumado por la urgencia.

«Hay que hacerlo todo requetebién», se dijo.

Se dirigió al armario de los medicamentos que estaba sobre el fregadero. Esparadrapo, paquetes de almohadillas de gasa.

«Puede que no sean bastante grandes; no importa, las uniré con esparadrapo y quedarán requetebién».

«Este tubo nuevo de sulfa-tia-dia demonios coronados, lo arregla todo. Cuando se me metió el polvo de la aspiradora en un corte de la mano, arregló la infección. Cura granos también».

Llenó una cafetera y su cacerola con agua limpia y las puso al fuego. Habría que coser, claro. Encontró agujas e hilo blanco y lo metió todo en el agua. Volvió hacia la cama y permaneció pensativo durante largo tiempo, observando cómo manaba la sangre del pecho de la muchacha. Pasó otra vez la esponja por la herida femoral y contempló, reflexionando, su interior hasta que la sangre cubrió de nuevo la arteria cogida con las pinzas. No estaba seguro; pero tenía la vaga idea de que había que hacer algo con los torniquetes, que debían abrirse de vez en cuando, y si no, había fallo.

¿Puede que, con una arteria, ocurriera lo mismo? Sería mejor que cosiera la arteria; sólo estaba abierta y no del to-

do cortada. Tenía que averiguar cómo hacerlo, para dejarla soldada como una tubería y no como un calcetín zurcido.

Así, pues, introdujo en la cacerola las pinzas y un par de pequeños alicates. Luego de haber pensado un poco más, añadió una docena de imperdibles que sacó de sus enseres de joyería. Mientras esperaba a que hirviera el agua, volvió a inspeccionar las heridas.

Se tiraba del labio, ceñudo. Luego cogió otra aguja fina y, sosteniéndola con los alicates, la puso a la llama del gas hasta enrojecerla, y con otro de los alicates de su colección la retorció en un pequeño semicírculo y la introdujo en el agua. Cortó, de la esponja, una serie de pequeñas rajadas planas y también las metió en el recipiente.

Echó una mirada al reloj y luego, durante diez minutos, restregó la blanca superficie esmaltada de la mesa con polvos detergentes. La inclinó dentro del fregadero y la enjuagó al chorro del grifo. Después, lentamente, vertió encima el contenido de la cafetera. La acercó al hornillo, la sostuvo con una mano mientras, con un cuchillo de plata, pescaba en la cacerola los alicates, hasta que consiguió que sus mangos salieran fuera del agua. Los cogió cuidadosamente con un paño limpio y, con gran tiento, uno a uno, los fue trasladando desde la cacerola a la mesa. Mientras luchaba por encontrar la última de las agujas y sustraía los escurridizos imperdibles, el sudor penetraba en sus ojos y el brazo que sostenía el tablero de la mesa parecía que se le iba a caer de cansancio. Pero él apretó los amarillos dientes y siguió con su trabajo.

Mientras llevaba el tablero de la mesa daba empujones a una silla de madera, paso a paso, hasta que logró colocarla al lado de la cama, y dejó su carga sobre el asiento.

«Esto no es como un hospital —pensó—; pero todo saldrá muy bien».

¡Hospital! ¡Claro! Lo había visto en las películas...

Se dirigió a un cajón y tomó un pañuelo blanco y limpio e intentó atárselo sobre la boca y la nariz, como en el cine.

Su cara, llena de protuberancias, y su cabeza cuadrada, eran mucha cosa para un solo pañuelo; necesitó tres, atados juntos, para hacer lo que quería y quedó con un nudo blanco que le colgaba por la espalda como las alas de un aeroplano.

Se miró con desamparo las manos, y luego se encogió de hombros. ¡Qué diablos!, no tenía guantes de goma.

«Me las lavaré bien».

Tenía las manos sonrosadas y agrietadas por el trabajo; pero se fue al fregadero y raspó una barra de jabón hasta que sus uñas duras se llenaron de espuma de jabón. Luego las limpió con una lima, hasta hacerse daño, y las lavó y aclaró de nuevo. Al final se arrodilló junto al lecho, manteniendo en alto sus manos cuya piel había quedado arrugada de tanto lavado, como si estuviera haciendo zalemas. Tuvo la tentación de tirarse del labio; pero logró contenerse.

Hizo salir, apretando el tubo encima de la mesa, dos porciones de pomada de sulfamidas, y con los alicates aplastó sobre ellas dos trozos de esponja hasta que quedaron empapados con aquella pomada. Secó la herida femoral y colocó una esponja, así desinfectada, a cada lado de la herida, dejando visible la arteria en su interior. Empleando pinzas y alicates, trabajosamente enhebró la aguja encorvada, dominando el deseo de mojar en sus labios el extremo del hilo.

Se las apañó para dar cuatro puntadas finas desde dentro de la arteria, debajo del corte, hasta la superficie. Ataba cada una con cuidado exquisito, de manera que el hilo no rompiera el tejido; pero procurando, sin embargo, que uniera los cortados bordes. Luego se agachó sobre sus talones para descansar. Sus hombros ardían por la tensión y sus ojos estaban empañados. Después, exhalando una profunda inspiración, quitó las pinzas.

La sangre llenó la herida y empapó las esponjas. Pero aparecía lentamente, no a chorros. Se encogió de hombros.

¿Qué podía hacer? ¿Poner un parche como en los neumáticos? Secó la sangre una vez más y, rápidamente, llenó la incisión con pomada, colocando encima una gasa, más para taparla que para curarla.

Se limpió las cejas, primero con un antebrazo y luego con otro, y clavó sus ojos en la pared opuesta, como acostumbraba a hacer cuando trabajaba en sus cadenitas de plata.

Cuando pudo ver con claridad, volvió a fijar su atención en el largo corte de debajo del pecho. Grande como era, no sabía cómo lograría coserlo; pero él era un buen cocinero y sabía cómo hay que bandearse para coser un pollo. Mordiéndose la lengua, clavó el primero de sus imperdibles de plata en la carne, haciendo un ángulo recto con el corte, apretándolo al través de la herida y haciéndolo salir por el otro lado. Plantó el siguiente aproximadamente a una pulgada más allá y lo mismo hizo con el tercero. El cuarto tropezó con algo en la herida; se asustó como cuando se oye un portazo y se mordió la lengua hasta hacerse daño. Sacó el alfiler y tanteó cuidadosamente con las pinzas. Sí; allí había algo duro. Probó más hacia el fondo con las dos patas de las pinzas penetrando en el tejido que no estaba cortado y sintió un crujido que únicamente podía apreciar con la punta de sus dedos sensibles. Tembló de miedo y echó una mirada al rostro de la chica. Decidió no mirarla de nuevo: era la cara de un cadáver.

«¡Imbécil!». Pero su mismo insulto perdió todo sentido en el momento de proferirlo.

Las pinzas asían algo duro, resbaladizo y tenaz. Trabajó expertamente, empujando y tirando, sintiendo una lástima compleja por aquella carne que no le era familiar y que no se resistía a sus movimientos. Gradualmente, con mucho tiento, fue haciendo aparecer un ángulo de algo afilado. Persistió en su esfuerzo hasta que salió lo bastante para tomarlo con las yemas de los dedos. Luego dejó a un lado las pinzas y con gran esmero trabajó para sacarlo. Antes de

que estuviese a medio salir, la sangre fluyó libremente; pero él no se detuvo hasta haberlo sacado del todo. La luz brillaba sobre el desnudo acero de una hoja de afeitar que tenía quebrados sus bordes. Tuvo que darle vueltas dos veces antes no se convenció de que se trataba, en efecto, de un trozo de verdadera navaja. La dejó sobre la mesa esmaltada, reflexionando sobre lo que habría podido decir la policía si él la hubiese entregado, contando aquella historia del accidente de automóvil. Secó la sangre y abrió los bordes de la herida tanto como pudo. El pezón tembló bajo sus dedos, con su corola rosada, arrugada y contraída; refunfuñó imaginando que podía ser un chinche que se había deslizado bajo su mano; pero luego se dio cuenta de que, fuese lo que fuese lo que le causaba aquel cosquilleo, lo único que significaba era que no se trataba de la muerte: todavía no.

Volvió a inclinarse sobre la herida, restañando el corte, y esparciendo en él, exprimiendo el tubo, tanto unguento como pudo contener. Luego volvió a su trabajo de inserción de los alfileres de plata hasta que hubo hecho una escalerilla con una docena de ellos, desde un extremo a otro de la herida. Tomó el hilo, lo dobló, y enganchó el lazo en la primera aguja, haciendo pasar las dos partes del hilo por debajo. Manteniendo ambos cabos con una mano, pinchó cuidadosamente los labios de la herida, uniéndolos en dirección a la aguja. Entonces tiró del lazo apretándolo, pero sin cortarlo; luego cruzó los cabos y los colocó bajo el alfiler siguiente, volviendo a cerrar la herida. Continuó así, atando el corte y cerrándolo alrededor de los alfileres. Al final anudó el hilo y cortó. Por encima de su trabajo había sangre y unguento, pero, cuando lo limpió, su trabajo le pareció perfecto.

Se levantó y dejó que volviera la sensibilidad a sus pies entumecidos. Estaba empapado en sudor; podía sentir cómo éste buscaba su camino por entre los pelos de sus piernas, como si se tratara de una procesión de chinches. Se

miró de arriba abajo: no veía más que arrugas, agua y sangre. Se contempló ante el ondulante espejo, y vio un duende vendado, con unas cejas tan salientes que parecían un estante sobre sus ojos hundidos y de deficiente mirada; vio su cabello grisáceo y estropajoso que parecía sucio y notó un sabor de sangre en la boca, que llevaba escondida tras el vendaje... Se lo quitó.

«Es mejor que te cubras la cara, no importa con qué».

Se apartó del espejo; pero no de su cara, que soportaba con la triste paciencia de un asno que camina cargado con las llagas que le produce la cincha de su montura.

Trabajosamente trasladó el tablero esmaltado de la mesa al fregadero. Se lavó la cara y los brazos, se quitó los pañuelos del cuello y se lavó la cara. Luego tomó lo que quedaba de su esponja y una cacerola con agua jabonosa y caliente y volvió hacia la cama.

Empleó muchas horas. Pasó la esponja por los manteles donde ella descansaba y la trasladó cuidadosamente, de modo que no sufrieran las heridas, y limpió y secó el lugar que ella había ocupado. La lavó de la cabeza a los pies, volviéndose a por más agua limpia, y luego tuvo que secar de nuevo la cama. Cuando levantó la cabeza de la muchacha, vio sus cabellos manchados y enmarañados por la lluvia y la sangre seca y fresca mezcladas. Así, pues, mantuvo sus espaldas un poco altas por medio de un gran almohadón que deslizó debajo del plástico, e, inclinando hacia atrás su cabeza, pudo lavarle y secarle el cabello, descubriendo un feo bulto y una contusión que sangraba detrás de la cabeza. Partió su cabello hacia los lados y le aplicó agua fría, deteniendo la hemorragia; pero había un chichón del tamaño de una ciruela. Separó media docena de gasas y las aplicó alrededor del bulto, de manera que no sintiera el peso de su cabeza. Ya no se atrevía a darle la vuelta. Mientras su cabello estuvo mojado y sucio, no era más que una greña oscura; pero una vez limpio y peinado, era de un color castaño rojizo oscuro, perfectamente estirado. Encima de la ca-

ma, a cada lado de la cara, lucía una ancha y lustrosa banda. El rostro parecía ahora radiante en su palidez, como si fuera una fría luna. La cubrió con la colcha y durante mucho tiempo permaneció a su vera, lleno de ese extraño dolor que sentía en todas y en ninguna parte, sin desearlo; pero temeroso de que se apartara de él... porque tal vez nunca jamás volvería a sentirlo.

El suspiro que lanzó procedía, a la vez, del tuétano de sus huesos y del fondo de sus muchos años, y, con tenacidad, se puso al trabajo, fregando el suelo. Cuando terminó, cuando hubo guardado las agujas y el hilo y se hubo desprendido de los trozos de venda que no había necesitado, de los envoltorios de las gasas, del bote de aluminio, lleno de sangre, del lado de la cama, y tuvo todas sus herramientas limpias y guardadas de nuevo en sus cajas respectivas, había transcurrido la noche y la claridad del día empujaba, suavemente, tras la cerrada persiana. Apagó la luz y permaneció sin respirar, escuchando con toda su atención para cerciorarse, desde donde se encontraba, de si ella seguía viviendo. Podía acercarse para averiguar si había muerto. Pero ¡ah, no! Necesitaba saberlo desde allí.

Pero pasó un camión, una mujer llamó a un chico y alguien soltó la risa; por esto él se dirigió a la cama y, arrodillándose, cerró los ojos y suavemente le aplicó la mano en la garganta. Estaba fresca, pero no fría; estaba tranquila como si fuera un guante abandonado.

Luego vio que los pelos del dorso de la mano se agitaban con la respiración de ella; pronto notó un movimiento ligerísimo.

Los pinchazos repercutieron de nuevo en sus ojos y sintió la terrible necesidad de hacer algo; hervir unas copas, comprar medicamentos, tal vez adquirir, para ella, una cinta o un reloj; limpiar la casa, irse al almacén... y, mientras hiciera todas estas cosas, chillaría y gritaría, sin palabras, pero para decirse a sí mismo que ahora podía estar bien seguro de que ella estaba viva.